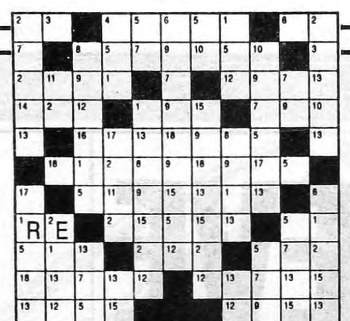
EN CLAVE

A igual número le corresponde igual letra.



SOLUCION MIERCOLES



UNA LEVE OSCURIDAD

Página/2/3



Verano/12

PARQUE CENTENARIO

(Por Luis Bruschtein) "Mirá esa mina, Vicente", gritábamos, y Vicente se escondía en la puerta del bar El Estudiante, frente a la facultad, y esperaba agazapado la llegada de la piba. Entonces saltaba a la vereda y se ponía a aullar, y ¡cómo aullaba!; por encima de las bocinas y los motores se escuchaba el grito que hacía que la ciudad se detuviera sobre la figura encendida de esa piba y nosotros nos matábamos de la risa,aunque el gallego protestara porque le espantábamos los clientes.

Vicente Versipelles, viejo lobo, la de travesuras y pavadas que habremos hecho juntos. Hace veintitantos años compartimos una pensión en Combate de los Pozos y Moreno. Séptimo hijo varón de una familia entrerriana de los pagos de Hasenkamp, ahijado del general Perón, hincha de Racing, lector de Lovecraft y bailarín entusiasta,cuando los sábados a la noche salíamos de cacería al Palacio de las Flores y el Okey del Once.

Pero para entenderlo había que tener una brújula especial, a veces hosco y taciturno y también inesperadamente revoltoso y barrabás como los demás delincuentes que habíamos llegado del interior y nos pelábamos las pestañas para conseguir el título de médico. El chiste del aullido era su preferido y a todos nos divertía, pero sólo cuando estaba de buen humor. Un día por mes se encerraba en su pieza y aullaba toda la noche y ya no era tan divertido, más bien helaba la sangre.

Hasta que una vez me contó la leyenda del lobizón y me dijo que no era leyenda, que él era lobizón de verdad y creo que fue la única vez que lo vi llorar porque estaba enamorado y su doble naturaleza, humana y bestial, se debatía con ferocidad. "Cuando estoy con ella —me dijo, desesperado— siento en mi interior la fuerza animal que se prepara a saltar. Y el hombre que soy,la mayor parte del tiempo se llena de pánico y vergüenza." Atormentado por esa eterna dualidad, ensimismado en esa lucha titánica para expulsar al lobo de su alma, el carácter de Vicente se fue agriando; dejó la facultad y le perdimos la pista.

Ayer lo encontré en un bar que está cerca del Parque Centenario. Tenía el gesto marcado por la amargura, pero al mismo tiempo un brillo sereno en los ojos, acodado junto a la barra, con un hermoso setter irlandés de pelaje rojizo y lustroso a sus pies, y,a pesar de las primeras excusas y tanteos,pudimos recuperar los viejos tiempos y aquella vieja confianza.

"Probé todo para hacerme más humano —recordó con cierta tristeza—. Me aislé en un convento capuchino y hasta me sometí a las disciplinas más severas de Gurdjieff. Asumí todas las obligaciones y deberes humanos y sin embargo, por las noches, mis sueños eran invadidos por una jauría lanzada a toda velocidad por el campo. Sentía el viento en las fauces y el galope gozoso y mandé la humanidad a la mierda."

Acarició a la perra que se refregaba contra su pierna y me sonrió con la compasión del que no puede compartir su felicidad. "Hasta que encontré a Pielroja —y señaló a la setter—. Sufrí más de veinte años por ese día del mes que era lobizón y ahora vivo sólo para esperar ese día de amor."

Descubrí que los demás parroquianos también llevaban sus mascotas y que era noche de luna llena. Y vislumbré el secreto de los señores solos que pasean sus perros en las noches del Parque Centenario, el susurro de las hojas sobre la hierba y el juego amoroso de las sombras que pasan fugaces junto al lago, la seducción y el jadeo animal entre los árboles del bosque. Fiesta de licántropos en las noches de luna llena del Parque Centenario.

UNA LEVE OSCURIDAD

Por Aníbal Ford

Dormido, el cantor pronunció un nombre de mujer.

—Todavía la espera —acotó el maestro que viajaba con la cabeza apoyada contra el vidrio de la puerta de la derecha, la mirada difusa, metida en algún pensamiento.

Yo eructé con gusto a kerosene y me limité a escuchar. Viajábamos apretados en la cabina: el viejo —don Luis—, yo, el cantor y Carlos, el maestro. Pero la incomodidad no importaba mucho. Hacía frío. Tenía los borceguíes congelados.

Cuando habló el maestro se me vinieron algunos hechos de la vida del cantor que había recibido fragmentariamente. No era la primera vez que nos cruzábamos en el sur. Pero los deseché. Que cada uno arme su vida. Si puede. Además pensé que la intención del maestro no había sido iniciar una conversación. Y ahí me detuve en la luz del tablero que levemente iluminaba las manos nudosas del viejo, apoyadas en el volante. En medio de la noche, el viejo llevaba la pick up a fondo, arriba de los ciento cuarenta. Volaba sobre el ripio. Atrás quedaba una nube blanca, impalpable, suspendida en el aire.

Iba con las luces apagadas.

—Así veo mejor los animales —había explicado.

Así nos vamos a ir mejor a la mierda, razoné en mi interior mientras trataba de dormir. No sé qué don tenía el viejo porque yo, en esa tierra sin alambrados, apenas distinguía el camino. Una leve oscuridad, un poco más clara que otras oscuridades.

Cuando cerraba los ojos me inundaba el repiqueteo del ripio contra el chasis, la caída del camino —en el estómago sentía que íbamos bajando— y ese gusto a kerosene. Había estado tres horas sobre la arpillera, haciendo sifón y tratando de arrancar la bomba mientras Luigi puteaba por la falta de agua. Afuera, en el alero, colgaban las muzzarellas y la mujer de Luigi cantaba en el dialecto siciliano una canción aguda, desafinada, interminable. Después, en el momento en que salimos del galpón, Luigi, por suerte, la hizo callar. La mujer sin mirarlo se metió en la cocina. Tenía un culo redondo y levantado.

Ahora todo parecía borrarse; la gira por el desierto, el campamento, la parada en el puesto de Luigi, la fiesta en lo de Macías. Sólo el rugido de los ocho cilindros sobre el ripio, el entresueño, el gusto a kerosene. El cantor, que estaba en pedo y había berreado durante toda la fiesta, dormía sobre mi hombro, abrazado a la guitarra. No había querido dejarla en la caja.

—No, hermano, qué se me va a volar —me dijo balbuceante cuando se lo sugerí.

—Atala —le dijo el maestro. Pero ahí el cantor se puso tan mal, casi lloroso, que no le dijimos más nada. Era claro que el hombre tenía la bebida triste y uno es cuidadoso en esos casos.

Carlos seguía con la mirada fija en el parabrisas. El día anterior había cumplido años en el campamento y se había enculado. Sólo se fue a caminar por el campo, con la cabeza gacha, pensativo. Algún registro del tiempo, de los inventarios, de la muerte. Vaya a saber. Aun después, a la noche, cuando el capataz trajo la damajuana de la casilla para festejar, seguía silencioso, encerrado. Salvo cuando hizo la pregunta, ya entrados en la segunda damajuana, y el viejo se abrió y contó esa historia terrible.

Ahora el viejo fumaba sin parar. Las manos sobre el volante y los dos dedos levantados, sosteniendo el cigarrillo. Tenía una chalina gastada, enroscada al cuello y una barba de varios días. Tranquilo, relajado, seguía con el acelerador a fondo. A mí, por momentos, en esas confusiones del entresueño me aparecía la posibilidad de un reventón, de un pozo, o de uno de esos terrenos que se te cruzan de golpe retozando en el camino. Pero abría los ojos, miraba las manos del viejo sobre el volante y me entregaba. El viejo llevaba la pick up por las ondulaciones y flojedades del ripio como si estuviese pegado al camino. Leves los movimientos de los brazos, la cara inexpresiva, los ojos taladrando la oscuridad. ¿Qué veía el viejo allí donde yo no veía nada? Estuve a punto de hablarle pero preferí callar. Me imaginé que el viejo era dios y que nos llevaba por la noche. Y ahí me quedé dormido.

Me despertó el cantor que volvió a hablar en sueños. Intenté acomodarme y lo miré al maestro. Seguía despierto mirando el camino o alguna cosa interior.

—Servime café, por favor —le dije. Carlos se inclinó con dificultad, levantó el termo y llenó la tapa, cuidadosamente. La pick up se acunaba sobre los amortiguadores. Me pasó el café. Se lo ofrecí al viejo que me dijo que no, sin hablar, con un gesto cortito. Seguía sin aflojar el acelerador. Tomé un trago y terminé de despertarme. Sentí que ya no me iba a dormir y me concentré en la negrura del camino, casi adivinándolo, hermanado en esa seguridad con que el viejo se zambullía en la incertidumbre, mientras sostenía con la mano la tapa del termo, cuidando que no se me volcara el café.

Cuando terminó la fiesta, casi a las dos de la mañana, pedí que me calentaran agua. Yo tenía un frasquito con café soluble en el bolso. Isabel, la mujer de Macías, puso una pava negra y abollada sobre las brasas de la cocina. Afuera el cantor sacudía una chacarera con los dedos medio trabados por el vino. Miré por la ventana de la cocina. Ya había poca gente en el patio y un sulky con un matrimonio y tres chicos, envueltos en una frazada, salía para el camino y comenzaba a perderse en la oscuridad. No sé por qué esa imagen me quedó fijada.

—Tienen más de dos leguas —comentó doña Isabel sin mirar la ventana al tiempo que vigilaba la pava. Después agregó:

—Es bueno llevarse algo caliente. La noche está fría.

—Sí —atiné a decirle mientras la mujer volcaba en el termo el agua de la pava.

Fue ahí, cuando salí, que el cantor le estaba pidiendo a don Luis que lo acercara.

—Y bueno —le contestó el viejo—, vamos a ir un poco apretados, pero no lo voy a dejar varado.

—Gracias, don Luis —le contestó el cantor, bamboleándose.

Después vino la conversación sobre la guitarra.

Subimos a la pick up y nos acomodamos lo mejor posible mientras el viejo calentaba el motor y prendía un cigarrillo. Lo dejó regulando un buen rato y después metió la primera. Desde abajo del alero observaban nuestra partida Macías, su mujer y algunos de los pocos invitados que todavía quedaban en la fiesta. Don Luis cruzó la tranquera, dobló hacia el camino y ahí nomás comenzó a meter pata. Al poco rato nos cruzamos con el sulky que llevaba un farolito colgado que iluminaba tenuemente los rayos de las ruedas. El viejo disminuyó la velocidad para evitar la polvareda. Uno de los chicos sacó la mano de abajo de la frazada y nos saludó. Yo devolví el saludo con la mano, desde la luneta trasera, sin girar la cabeza. Después pasamos a tres hombres que en fila, a un costado del camino, galopaban de vuelta de la fiesta. Ahí nos tragó la negrura y el viejo volvió a acelerar. Fue entonces cuando comentó que viajaba con las luces apagadas para ver mejor los animales.

La noche anterior a la fiesta, en el campamento de Vialidad, el viejo, don Luis, se abrió y contó esa historia que mencioné antes. Habíamos colgado un sol de noche del algarrobo, a un costado estaba la parrilla, medio como fogón, y en el suelo las dos damajuanas. No sé quién comenzó, como sucede en estos casos, a hablar de los hijos. Incluso alguien extrajo con dificultad la billetera del bolsillo de atrás del vaquero e hizo circular unas fotos. También, como sucede en estos casos, algunos miraron las fotos con cara de piedra y otros dijeron cosas como qué lindos o qué cara de pícaro. Fue ahí, mientras se oía el comentario: —Este es Pedrito y ésta la Eloísa... pero ahora están mucho más grandes... esta foto la saqué hace dos años...— que Carlos, el agasajado, y que hasta ese momento había estado mudo, le preguntó a don Luis:

—Usted también tiene hijos, ¿no es cierto?

El viejo se quedó un momento callado y después, sin levantar los ojos del vaso, dijo:

—Sí, tres... pobrecitos.

—¿Por?

—Están solos...

—¿Y la madre?

—La madre se fue... nos dejó. Ahí se produjo un silencio incómodo, nadie sabía qué decir. Pero el viejo ya había abierto la puerta y, con dificultad, siguió hablando:

—Hace dos años... venía yo de una gira... —Don Luis empezó a moquear y se bajó el vaso. Alguien, piadosamente, se lo volvió a llenar. El viejo siguió:

—Tuvimos que volvernos antes por las lluvias... los caminos estaban imposibles... llegamos dos días antes...

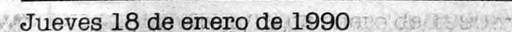
Yo me la vi venir. Me reacomodé en el tronco, medio impaciente y vacié el vaso. El viejo, que ahora lloraba francamente, continuó su relato:

—Dejé la pick up en el garaje del ministerio y me fui para casa... traía unos dulces que había comprado en Villa Mercedes... entré despacito a la casa para darle una sorpresa... y abrí lentamente la puerta de la cocina —el viejo se detuvo, extendió el vaso y se limpió los lagrimones, mientras sacudía la cabeza como negando lo que narraba.

—Un brindis por el maestro —dijo el capataz, que a pesar del pedo percibió que debía cortarle el relato al viejo, darle pie para que no se destruyera. Todos entendimos y brindamos, menos don Luis, que se quedó ensimismado y que cuando terminó el brindis volvió a hablar con dificultad en medio de los hipos del llanto:

—Y ahí estaba... con el ciego del quiosco... el ciego estaba en la silla y ella arriba, la pollera levantada y las nalgas al aire y montada sobre el ciego mientras con las manos le estrujaba la cara con las tetas... ella se movía como nunca la había visto... ni se dieron cuenta de que yo había entornado la puerta... yo me quedé duro, inmovilizado, mirando la escena... entonces ella le...

Ahí yo, que no aguanto los melodramas,



UNA LEVE OSCURIDAD

Por Aníbal Ford

Dormido, el cantor pronunció un nombre de mujer.

—Todavía la espera —acotó el maestro que viajaba con la cabeza apoyada contra el vidrio de la puerta de la derecha, la mirada difusa, metida en algún pensamiento.

Yo eructé con gusto a kerosene y me limité a escuchar. Viajábamos apretados en la cabina: el viejo —don Luis—, yo, el cantor y Carlos, el maestro. Pero la incomodidad no importaba mucho. Hacía frío. Tenía los borceguíes congelados.

Cuando habló el maestro se me vinieron algunos hechos de la vida del cantor que había recibido fragmentariamente. No era la primera vez que nos cruzábamos en el sur. Pero los deseché. Que cada uno arme su vida. Si puede. Además pensé que la intención del maestro no había sido iniciar una conversación. Y ahí me detuve en la luz del tablero que levemente iluminaba las manos nudosas del viejo, apoyadas en el volante. En medio de la noche, el viejo llevaba la pick up a fondo, arriba de los ciento cuarenta. Volaba sobre el ripio. Atrás quedaba una nube blanca, impalpable, suspendida en el aire.

Iba con las luces apagadas.

—Así veo mejor los animales —había explicado.

Así nos vamos a ir mejor a la mierda, razoné en mi interior mientras trataba de dormir. No sé qué don tenía el viejo porque yo, en esa tierra sin alambrados, apenas distinguía el camino. Una leve oscuridad, un poco más clara que otras oscuridades.

Cuando cerraba los ojos me inundaba el repiqueteo del ripio contra el chasis, la caída del camino —en el estómago sentía que íbamos bajando— y ese gusto a kerosene. Había estado tres horas sobre la arpillera, haciendo sifón y tratando de arrancar la bomba mientras Luigi puteaba por la falta de agua. Afuera, en el alero, colgaban las muzzarellas y la mujer de Luigi cantaba en el dialecto siciliano una canción aguda, desafinada, interminable. Después, en el momento en que salimos del galpón, Luigi, por suerte, la hizo callar. La mujer sin mirarlo se metió en la cocina. Tenía un culo redondo y levantado.

Ahora todo parecía borrarse; la gira por el desierto, el campamento, la parada en el puesto de Luigi, la fiesta en lo de Macías. Sólo el rugido de los ocho cilindros sobre el ripio, el entresueño, el gusto a kerosene. El cantor, que estaba en pedo y había berreado durante toda la fiesta, dormía sobre mi hombro, abrazado a la guitarra. No había querido dejarla en la caja.

—No, hermano, qué se me va a volar —me dijo balbuceante cuando se lo sugerí.

—Atala —le dijo el maestro. Pero ahí el cantor se puso tan mal, casi lloroso, que no le dijimos más nada. Era claro que el hombre tenía la bebida triste y uno es cuidadoso en esos casos.

Carlos seguía con la mirada fija en el parabrisas. El día anterior había cumplido años en el campamento y se había enculado. Sólo se fue a caminar por el campo, con la cabeza gacha, pensativo. Algún registro del tiempo, de los inventarios, de la muerte. Vaya a saber. Aun después, a la noche, cuando el capataz trajo la damajuana de la casilla para festejar, seguía silencioso, encerrado. Salvo cuando hizo la pregunta, ya entrados en la segunda damajuana, y el viejo se abrió y contó esa historia terrible.

Ahora el viejo fumaba sin parar. Las manos sobre el volante y los dos dedos levantados, sosteniendo el cigarrillo. Tenía una chalina gastada, enroscada al cuello y una barba de varios días. Tranquilo, relajado, seguía con el acelerador a fondo. A mí, por momentos, en esas confusiones del entresueño me aparecía la posibilidad de un reventón, de un pozo, o de uno de esos terrenos que se te cruzan de golpe retozando en el camino. Pero abría los ojos, miraba las manos del viejo sobre el volante y me entregaba. El viejo llevaba la pick up por las ondulaciones y flojedades del ripio como si estuviese pegado al camino. Leves los movimientos de los brazos, la cara inexpresiva, los ojos taladrando la oscuridad. ¿Qué veía el viejo allí donde yo no veía nada? Estuve a punto de hablarle pero preferí callar. Me imaginé que el viejo era dios y que nos llevaba por la noche. Y ahí me quedé dormido.

Me despertó el cantor que volvió a hablar en sueños. Intenté acomodarme y lo miré al maestro. Seguía despierto mirando el camino o alguna cosa interior.

—Servime café, por favor —le dije. Carlos se inclinó con dificultad, levantó el termo y llenó la tapa, cuidadosamente. La pick up se acunaba sobre los amortiguadores. Me pasó el café. Se lo ofrecí al viejo que me dijo que no, sin hablar, con un gesto cortito. Seguía sin aflojar el acelerador. Tomé un trago y terminé de despertarme. Sentí que ya no me iba a dormir y me concentré en la negrura del camino, casi adivinándolo, hermanado en esa seguridad con que el viejo se zambullía en la incertidumbre, mientras sostenía con la mano la tapa del termo, cuidando que no se me volcara el café.

Cuando terminó la fiesta, casi a las dos de la mañana, pedí que me calentaran agua. Yo tenía un frasquito con café soluble en el bolso. Isabel, la mujer de Macías, puso una pava negra y abollada sobre las brasas de la cocina. Afuera el cantor sacudía una chacarera con los dedos medio trabados por el vino. Miré por la ventana de la cocina. Ya había poca gente en el patio y un sulky con un matrimonio y tres chicos, envueltos en una frazada, salía para el camino y comenzaba a perderse en la oscuridad. No sé por qué esa imagen me quedó fijada.

—Tienen más de dos leguas —comentó doña Isabel sin mirar la ventana al tiempo que vigilaba la pava. Después agregó:

—Es bueno llevarse algo caliente. La noche está fría.

—Sí —atiné a decirle mientras la mujer volcaba en el termo el agua de la pava.

Fue ahí, cuando salí, que el cantor le estaba pidiendo a don Luis que lo acercara.

—Y bueno —le contestó el viejo—, vamos a ir un poco apretados, pero no lo voy a dejar varado.

—Gracias, don Luis —le contestó el cantor, bamboleándose.

Después vino la conversación sobre la guitarra.

Subimos a la pick up y nos acomodamos lo mejor posible mientras el viejo calentaba el motor y prendía un cigarrillo. Lo dejó regulando un buen rato y después metió la primera. Desde abajo del alero observaban nuestra partida Macías, su mujer y algunos de los pocos invitados que todavía quedaban en la fiesta. Don Luis cruzó la tranquera, dobló hacia el camino y ahí nomás comenzó a meter pata. Al poco rato nos cruzamos con el sulky que llevaba un farolito colgado que iluminaba tenuemente los rayos de las ruedas. El viejo disminuyó la velocidad para evitar la polvareda. Uno de los chicos sacó la mano de abajo de la frazada y nos saludó. Yo devolví el saludo con la mano, desde la luneta trasera, sin girar la cabeza. Después pasamos a tres hombres que en fila, a un costado del camino, galopaban de vuelta de la fiesta. Ahí nos tragó la negrura y el viejo volvió a acelerar. Fue entonces cuando comentó que viajaba con las luces apagadas para ver mejor los animales.

La noche anterior a la fiesta, en el campamento de Vialidad, el viejo, don Luis, se abrió y contó esa historia que mencioné antes. Habíamos colgado un sol de noche del algarrobo, a un costado estaba la parrilla, medio como fogón, y en el suelo las dos damajuanas. No sé quién comenzó, como sucede en estos casos, a hablar de los hijos. Incluso alguien extrajo con dificultad la billetera del bolsillo de atrás del vaquero e hizo circular unas fotos. También, como sucede en estos casos, algunos miraron las fotos con cara de piedra y otros dijeron cosas como qué lindos o qué cara de pícaro. Fue ahí, mientras se oía el comentario: —Este es Pedrito y ésta la Eloísa... pero ahora están mucho más grandes... esta foto la saqué hace dos años...— que Carlos, el agasajado, y que hasta ese momento había estado mudo, le preguntó a don Luis:

—Usted también tiene hijos, ¿no es cierto?

El viejo se quedó un momento callado y después, sin levantar los ojos del vaso, dijo:

—Sí, tres... pobrecitos.

—¿Por?

—Están solos...

—¿Y la madre?

—La madre se fue... nos dejó. Ahí se produjo un silencio incómodo, nadie sabía qué decir. Pero el viejo ya había abierto la puerta y, con dificultad, siguió hablando:

—Hace dos años... venía yo de una gira...

—Don Luis empezó a moquear y se bajó el vaso. Alguien, piadosamente, se lo volvió a llenar. El viejo siguió:

—Tuvimos que volvernos antes por las lluvias... los caminos estaban imposibles... llegamos dos días antes...

Yo me la vi venir. Me reacomodé en el tronco, medio impaciente y vacié el vaso. El viejo, que ahora lloraba francamente, continuó su relato:

—Dejé la pick up en el garaje del ministerio y me fui para casa... traía unos dulces que había comprado en Villa Mercedes... entré despacito a la casa para darle una sorpresa... y abrí lentamente la puerta de la cocina —el viejo se detuvo, extendió el vaso y se limpió los lagrimones, mientras sacudía la cabeza como negando lo que narraba.

—Un brindis por el maestro —dijo el capataz, que a pesar del pedo percibió que debía cortarle el relato al viejo, darle pie para que no se destruyera. Todos entendimos y brindamos, menos don Luis, que se quedó ensimismado y que cuando terminó el brindis volvió a hablar con dificultad en medio de los hipos del llanto:

—Y ahí estaba... con el ciego del quiosco... el ciego estaba en la silla y ella arriba, la pollera levantada y las nalgas al aire y montada sobre el ciego mientras con las manos le estrujaba la cara con las tetas... ella se movía como nunca la había visto... ni se dieron cuenta de que yo había entornado la puerta... yo me quedé duro, inmovilizado, mirando la escena... entonces ella le...

Ahí yo, que no aguanto los melodramas, prendí un cigarrillo y me levanté. No quise escuchar más. Me fui a caminar por la noche mientras el viejo se amasijaba contando su historia de cornudo.

Caminé un rato largo y me senté sobre una piedra. Quise prender otro cigarrillo pero había dejado el encendedor sobre la tabla que hacía de mesa. Puteé en voz baja. No quise volver aunque las ganas de fumar y seguir con el vino eran fuertes. La noche estaba clara y pude ver cómo una lagartija corría de una piedra a otra. ¿Por qué la gente necesita joderse tanto? Me pregunté, mientras en medio de la noche me ponía a cantar imitando a Gardel: "Pero una noche reyes/ cuando a mi hogar regresaba..." El silencio se chupó mi voz. Viejo boludo. Seguro que ahora alguien le estará diciendo:

—Y bueno, don Luis, son cosas de la vida...

Cuando volví, casi todos se habían ido a dormir. En la mesa sólo estaba Carlos. Las dos damajuanas estaban vacías.

—Y, che, ¿qué hizo don Luis con los dulces? —le pregunté.

—No seas cínico —me contestó el maestro con cara de perro mientras volvía a sumergirse en el mutismo.

Yo prendí otro cigarrillo.

Y ahora el viejo nos llevaba por la noche. Metía pata en medio de la negrura y de la incertidumbre. Volaba sobre el ripio. Inmutable. Poderoso. Dios y cornudo a la vez.

Miré la hora. Eran las tres y media de la mañana. Viajamos como una hora en silencio. Hasta que se despertó el cantor.

—Pare, pare, don Luis, que me estoy meando —dijo, sobresaltado.

El viejo aminoró la marcha, cruzó un puente y se detuvo. Abrió la puerta Carlos, bajó y lo ayudó al cantor que seguía en pedo y se enredó con la guitarra. Yo también bajé. El viejo se quedó con las manos en el volante, esperando. Carlos y yo meamos junto a la pick up. El cantor, tal vez más pudoroso, se fue caminando hacia el puente. Hacía un frío durísimo. El pampero cortaba la cara y las manos. Era imposible estar afuera y Carlos y yo subimos.

—Cerrá la puerta, habrá ido a cagar —dije al ver que el cantor no regresaba. Y agregué:

—Servime otro cafecito.

Don Luis prendió la luz de la cabina. La noche se borró. Y estaba el maestro volcando el café en la tapa del termo cuando apareció el cantor, corriendo y gritando:

—¡Abran, abran, por favor! —Tenía los ojos desencajados y la cara blanca. Carlos abrió la puerta y el cantor se zambulló en la cabina.

—¡Déle, don Luis, siga, siga! —gritó desesperado.

—¿Pero qué mierda te pasa? —le pregunté.

—La Viuda... La Viuda... me topé con La Viuda —me contestó asustado.

—Pero dejate de joder... esto te pasa por chupar como un descosido —le contesté.

—¡Arranque don Luis, arranque... que se nos va a subir a la caja! —volvió a gritar desesperado el cantor mientras el maestro le ofrecía el café que tenía en la mano. El viejo salió al camino y volvió a meterle a la noche. El cantor miraba hacia atrás por la luneta trasera.

—Era La Viuda —volvió a decir.

—¿Y cómo sabés? —le pregunté mientras en mi interior pensaba que el hombre estaba al borde del delirium tremens.

—Estaba toda vestida de negro.. tenía los pies blancos y desnudos.. y un agujero en la cara... la cara vacía... me quiso manotear.

—Qué bien me vendría que alguien me manoteara, con este frío... —dije pero no seguí porque el maestro me dio un codazo mientras agregaba, mirando al cantor:

—Y echaba llamas por la boca...

—Sí —dijo el cantor, que lo miró desconcertado.

—Eso te pasa por mujeriego —siguió Carlos—. Yo te ví cómo desapareciste con la gorda en medio de la fiesta y te fuiste para el lado de los corrales. El cantor se quedó mudo, como confuso. El maestro siguió. Yo no pude darme cuenta si lo estaba cargando o le seguía el tren para bajarle la angustia.

—¿Vos sabés por qué La Viuda sigue a los borrachos y a los mujeriegos? —preguntó.

El cantor no le contestó.

—Porque la violó el hijo —continuó Carlos— y la violó por un pacto, un pacto con el Maligno, para que le diera los saberes para conquistar hembras...

—Eso ya lo sé —dijo el cantor con la cabeza gacha, temblando y como enojado.

—Y ahora anda por ahí, de poeta andrajoso, como vos, levantando minas... por eso la madre, perdida...

—No hables más —le dijo el cantor, desorientado, mientras volvía la mirada hacia la caja de la pick up. Pero atrás sólo quedaba una nube blanca, impalpable, suspendida en el aire.

Entonces se volvió, apoyó la frente contra el clavijero de la guitarra y se quedó ensimismado. Seguía temblando. Pasó un momento de silencio y después, con la voz entrecortada, se dirigió al viejo.

—Dígame, don Luis, ¿por qué paró en el puente? —le preguntó y ahí volvió a quedarse dormido.

Cuando volví a eructar con gusto a kerosene me acordé de Luigi y del culo redondo y levantado de su mujer entrando en la cocina. Y del saludo del chico desde abajo de la frazada. Y del llanto del viejo la noche del campamento. No podía dormir. Los ocho cilindros seguían rugiendo en medio del ripio. El cielo comenzaba a empalidecer levemente y el cantor roncaba con la cabeza apoyada en el clavijero. Lo miré al maestro. Seguía con la vista clavada en el parabrisas. Un leve tono violáceo comenzaba a levantarse desde el horizonte. El viejo cruzó un lomo de burro con seguridad, sin levantar el pie del acelerador. Pensé que en media hora iba a despuntar el sol. También en algo para cruzar con el maestro, pero no se me ocurrió nada. No sé si me hubiese contestado. En el fondo yo tampoco tenía ganas de hablar.

Al rato el viejo paró en un puesto que estaba a un costado del camino.

—Perdón, tengo que hacer una diligencia —dijo.

Se bajó y lentamente caminó hacia el rancho. Se detuvo a unos dos metros de la puerta y golpeó las manos. Salió una mujer con un farol, en camisón y con un pulóver. Se quedó en la puerta con los brazos cruzados sosteniéndose el pulóver y protegiéndose del frío. En la puerta se puso a hablar con el viejo. Estuvieron como diez minutos, conversando en voz baja y gesticulando. Después la mujer entró y retornó con un paquete envuelto en papel de diario que le dio a don Luis. El viejo volvió a la pick up, puso el paquete sobre el tablero, prendió un cigarrillo y volvió a arrancar. Sin decir nada. El camino comenzaba a dibujarse.

—Vayan despertando al cantor, en diez minutos lo dejamos en el cruce —dijo al rato.

—Espero que no siga asustado —acotó el maestro.

—Ya es de día —afirmó don Luis.

—Yo fijé la vista en el horizonte. Un globo rojo comenzó a levantarse. Sabía que en pocos minutos iba a reventarme con su luz. Y cerré los ojos.



prendí un cigarrillo y me levanté. No quise escuchar más. Me fui a caminar por la noche mientras el viejo se amasijaba contando su historia de cornudo.

Caminé un rato largo y me senté sobre una piedra. Quise prender otro cigarrillo pero había dejado el encendedor sobre la tabla que hacía de mesa. Puteé en voz baja. No quise volver aunque las ganas de fumar y seguir con el vino eran fuertes. La noche estaba clara y pude ver cómo una lagartija corría de una piedra a otra. ¿Por qué la gente necesita joderse tanto? Me pregunté, mientras en medio de la noche me ponía a cantar imitando a Gardel: "Pero una noche reyes/ cuando a mi hogar regresaba..." El silencio se chupó mi voz. Viejo boludo. Seguro que ahora alguien le estará diciendo:

—Y bueno, don Luis, son cosas de la vida...

Cuando volví, casi todos se habían ido a dormir. En la mesa sólo estaba Carlos. Las dos damajuanas estaban vacías.

—Y, che,¿qué hizo don Luis con los dulces? —le pregunté.

—No seas cínico —me contestó el maestro con cara de perro mientras volvía a sumergirse en el mutismo.

Yo prendí otro cigarrillo.

Y ahora el viejo nos llevaba por la noche. Metía pata en medio de la negrura y de la incertidumbre. Volaba sobre el ripio. Inmutable. Poderoso. Dios y cornudo a la vez.

Miré la hora. Eran las tres y media de la mañana. Viajamos como una hora en silencio. Hasta que se despertó el cantor.

—Pare, pare, don Luis, que me estoy meando —dijo, sobresaltado.

El viejo aminoró la marcha, cruzó un puente y se detuvo. Abrió la puerta Carlos, bajó y lo ayudó al cantor que seguía en pedo y se enredó con la guitarra. Yo también bajé. El viejo se quedó con las manos en el volante, esperando. Carlos y yo meamos junto a la pick up. El cantor, tal vez más pudoroso, se fue caminando hacia el puente. Hacía un frío durísimo. El pampero cortaba la cara y las manos. Era imposible estar afuera y Carlos y yo subimos.

—Cerrá la puerta, habrá ido a cagar —dije al ver que el cantor no regresaba. Y agregué:

—Servime otro cafecito.

Don Luis prendió la luz de la cabina. La noche se borró. Y estaba el maestro volcando el café en la tapa del termo cuando apareció el cantor, corriendo y gritando:

—¡Abran, abran, por favor! —Tenía los ojos desencajados y la cara blanca. Carlos abrió la puerta y el cantor se zambulló en la cabina.

—¡Déle, don Luis, siga, siga! —gritó desesperado.

—¿Pero qué mierda te pasa? —le pregunté.

—La Viuda... La Viuda... me topé con La Viuda —me contestó asustado.

—Pero dejate de joder... esto te pasa por chupar como un descosido —le contesté.

—¡Arranque don Luis, arranque... que se nos va a subir a la caja! —volvió a gritar desesperado el cantor mientras el maestro le ofrecía el café que tenía en la mano. El viejo salió al camino y volvió a meterle a la noche. El cantor miraba hacia atrás por la luneta trasera.

—Era La Viuda —volvió a decir.

—¿Y cómo sabés? —le pregunté mientras en mi interior pensaba que el hombre estaba al borde del delirium tremens.

—Estaba toda vestida de negro.. tenía los pies blancos y desnudcs.. y un agujero en la cara... la cara vacía... me quiso manotear.

—Qué bien me vendría que alguien me manoteara, con este frío... —dije pero no seguí porque el maestro me dio un codazo mientras agregaba, mirando al cantor:

—Y echaba llamas por la boca...

—Si —dijo el cantor, que lo miró desconcertado.

—Eso te pasa por mujeriego —siguió Carlos—. Yo te ví cómo desapareciste con la gorda en medio de la fiesta y te fuiste para el lado de los corrales. El cantor se quedó mudo, como confuso. El maestro siguió. Yo no pude darme cuenta si lo estaba cargando o le seguía el tren para bajarle la angustia.

—¿Vos sabés por qué La Viuda sigue a los borrachos y a los mujeriegos? —preguntó.

El cantor no le contestó.

—Porque la violó el hijo —continuó Carlos— y la violó por un pacto, un pacto con el Maligno, para que le diera los saberes para conquistar hembras...

—Eso ya lo sé —dijo el cantor con la cabeza gacha, temblando y como enojado.

—Y ahora anda por ahí, de poeta andrajoso, como vos, levantando minas... por eso la madre, perdida...

—No hables más —le dijo el cantor, desorientado, mientras volvía la mirada hacia la caja de la pick up. Pero atrás sólo quedaba una nube blanca, impalpable, suspendida en el aire.

Entonces se volvió, apoyó la frente contra el clavijero de la guitarra y se quedó ensimismado. Seguía temblando. Pasó un momento de silencio y después, con la voz entrecortada, se dirigió al viejo.

—Dígame, don Luis, ¿por qué paró en el puente? —le preguntó y ahí volvió a quedarse dormido.

Cuando volví a eructar con gusto a kerosene me acordé de Luigi y del culo redondo y levantado de su mujer entrando en la cocina. Y del saludo del chico desde abajo de la frazada. Y del llanto del viejo la noche del campamento. No podía dormir. Los ocho cilindros seguían rugiendo en medio del ripio. El cielo comenzaba a empalidecer levemente y el cantor roncaba con la cabeza apoyada en el clavijero. Lo miré al maestro. Seguía con la vista clavada en el parabrisas. Un leve tono violáceo comenzaba a levantarse desde el horizonte. El viejo cruzó un lomo de burro con seguridad, sin levantar el pie del acelerador. Pensé que en media hora iba a despuntar el sol. También en algo para cruzar con el maestro, pero no se me ocurrió nada. No sé si me hubiese contestado. En el fondo yo tampoco tenía ganas de hablar.

Al rato el viejo paró en un puesto que estaba a un costado del camino.

—Perdón, tengo que hacer una diligencia —dijo.

Se bajó y lentamente caminó hacia el rancho. Se detuvo a unos dos metros de la puerta y golpeó las manos. Salió una mujer con un farol, en camisón y con un pulóver. Se quedó en la puerta con los brazos cruzados sosteniéndose el pulóver y protegiéndose del frío. En la puerta se puso a hablar con el viejo. Estuvieron como diez minutos, conversando en voz baja y gesticulando. Después la mujer entró y retornó con un paquete envuelto en papel de diario que le dio a don Luis. El viejo volvió a la pick up, puso el paquete sobre el tablero, prendió un cigarrillo y volvió a arrancar. Sin decir nada. El camino comenzaba a dibujarse.

—Vayan despertando al cantor, en diez minutos lo dejamos en el cruce —dijo al rato.

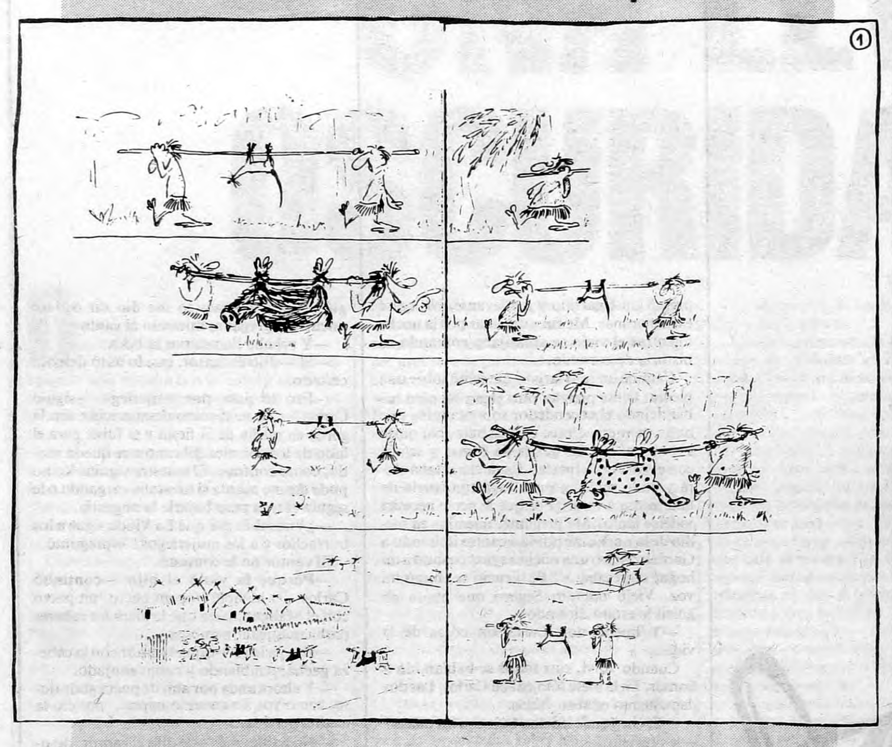
—Espero que no siga asustado —acotó el maestro.

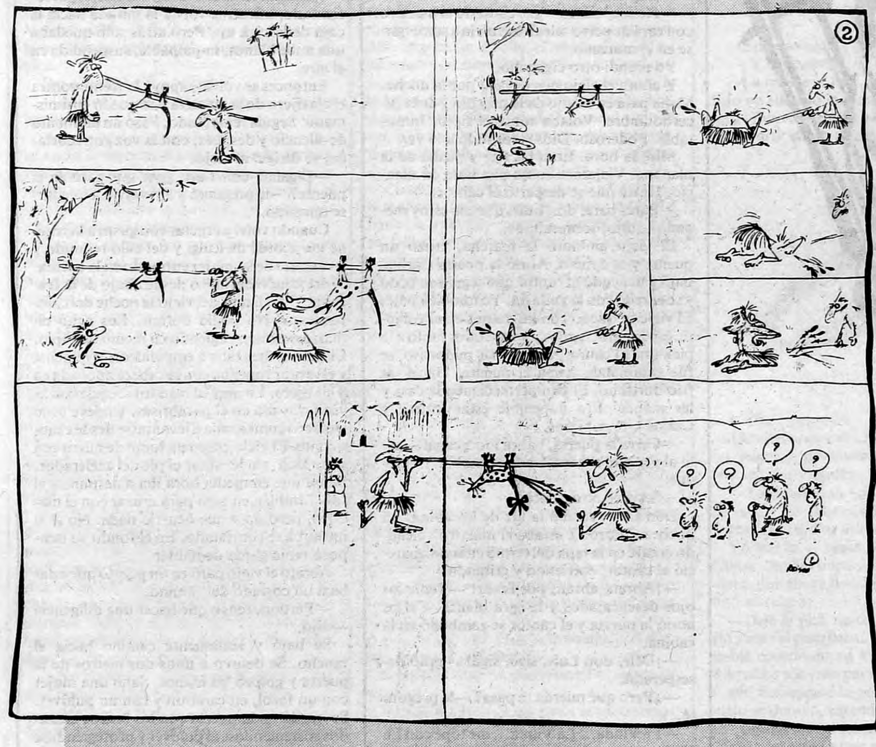
—Ya es de día —afirmó don Luis.

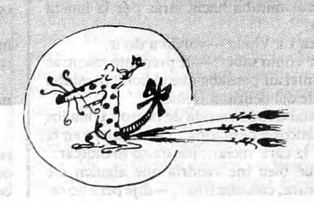
—Yo fijé la vista en el horizonte. Un globo rojo comenzó a levantarse. Sabia que en pocos minutos iba a reventarme con su luz. Y cerré los ojos.

UNA CACERÍA PRESTIGIOSA

por REISER

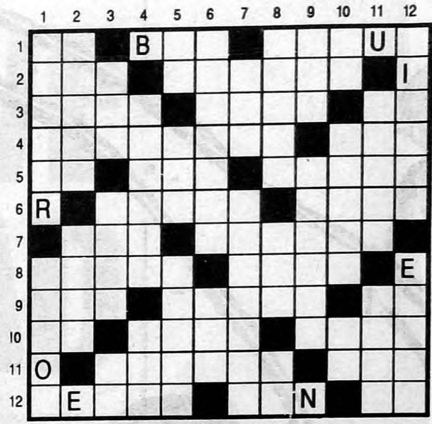






Agradecemos a Editions du Square

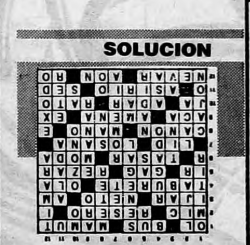
CRUCIGRAMA



HORIZONTALES: 1. Terminación de los alcoholes. / Aféresis de autobús. / Animal prehistórico parecido al elefante. **2.** Mica. / Persona que cuida reses. **3.** Ijada. / Puro, limpio. / Símbolo del americio. **4.** Asiento, banqueta. / Onda, oleada. **5.** Dirigirse. / Efecto cómico basado en la sorpresa. / Elevar una plegaria. **6.** Valuar, valorar. / Uso, novedad. **7.** Pelea, lucha. / Municipio de la provincia de Soria, en Burgo de Osma. **8.** Norma, regla. / Extremidad. **9.** En este lugar. / Grata, placentera. / Prefijo: separación. **10.** Onomatopeya que imita la risa. / Dios sirio del fuego. / Espacio corto de tiempo. **11.** De Asiria. / Ansia de beber. **12.** Caer nieve. / Rey de Beocia. / Voz que se usa para arrullar.

VERTICALES: 1. Excluir, suprimir. / Caja grande. **2.** Pulir. / Barniz duro y brillante. **3.** Cabriolé. / Bañera. / Abreviatura de avenida. **4.** Arrugado. / Manija, agarradera. **5.** Antigua ciudad de Caldea. / Nivel. / Lo opuesto al cenit. **6.** República del Africa occidental. / Extensión de agua salada. **7.** Dios egipcio del mal. / Peregrinación. **8.** Introducir, poner. / Apócope de santo. / Prefijo: huevo. **9.** Pendiente. / Fluir, brotar. **10.** Símbolo del molibdeno. / Forma alotrópica del oxígeno. / El uno en los naipes. **11.** Que posee alas (fem.). / Aire. **12.** Estafará, engañará. / Emigración, salida.

SOLUCION



PAISES ASIATICOS

Encuentre en la sopa las siete palabras referidas al título que se encuentran en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Como ayuda, damos una palabra ya ubicada.

J	T	E	N	T	E	A	M	G	B
U	A	N	O	P	A	J	I	M	O
B	N	T	I	V	I	S	A	V	N
A	H	C	E	A	I	D	N	I	O
N	N	I	B	N	G	O	N	E	A
I	P	O	T	I	I	A	L	T	I
D	L	A	I	H	R	N	K	N	P
N	A	T	N	C	I	R	A	A	E
I	A	I	L	O	G	N	O	M	A
A	D	B	A	C	O	A	R	S	I
I	N	E	T	N	A	T	U	B	N
A	P	T	I	R	E	M	O	G	O
I	A	K	S	A	L	I	J	A	P